

cuan al pie de la letra a las características de la red social que corresponde a esta experiencia.

Hay dos de ellas sobre la que se suscita una reflexión. Por una parte, la territorialidad puede ser una categoría mucho más difusa entre grupos de migrantes que, por el tipo de sus actividades en ciertas economías urbanas, no comparten un espacio común. No obstante, conservan fuertemente la norma vernacular con la que se identifican. Por otra parte, la solidaridad se postula estrechamente vinculada con las comunidades más pauperizadas pero cabe preguntarse si no aparece con otras características en grupos menos hostilizados económicamente y cuáles serían, en ese caso, sus efectos sobre los patrones sociales y comunicativos. Es gracias a la direccionalidad y rigor de investigaciones como las que presenta este libro que pueden surgir éstos y otros cuestionamientos así como nuevas propuestas para dar cuenta de las realizaciones del habla cotidiana.

DORA PELLICER

TURRENT, Isabel, *La Unión Soviética en América Latina. El caso de la Unidad Popular chilena, 1970-1973*. El Colegio de México, México, 1984, 270 páginas.

Este pormenorizado análisis de las relaciones entre el gobierno del presidente Allende y la URSS en 1970-1973, es uno de los más completos y lúcidos estudios sobre la política exterior soviética con relación a nuestro continente. Después de más de cincuenta años de inestables vínculos gubernamentales y políticos entre ambas partes es raro encontrar estudios efectuados por latinoamericanos de la calidad que logra el de Isabel Turrent.

Un primer aspecto que caracteriza a esta obra es la clara percepción de los cambios observados en la política exterior soviética, los que coincidieron "casi matemáticamente", nos comenta la autora, "con los años de gobierno de Allende" (p. 16). En efecto, junto al escaso interés histórico de la URSS por América Latina, las luchas políticas en la región fueron tradicionalmente mal entendidas por los soviéticos, quienes intentaron infructuosamente clasificarlas en esquemas típicos de otras latitudes. Así, la Revolución mexicana, básicamente agraria, no calzó en los moldes de las transformaciones impulsadas por comités de obreros-soldados-campesinos. Ello llevó a un distanciamiento y desconfianza de aquellos procesos que no se orientaran *à la* bolchevique.

De la misma forma, la política de la Internacional Comunista, que impulsaba una revolución similar a la rusa, debe terminar reconocien-

do en 1934 que ella ha dejado a los partidos comunistas de la región totalmente aislados del resto de las fuerzas políticas locales, sin una inserción real en el movimiento sindical, faltos de apoyo significativo de masas, y con ningún éxito político mayor. La política del Frente Popular los sacará de esta crisis y proyectará, después de largas décadas de uso de los medios institucionales, a desempeñar papeles de importancia nacional.

Es precisamente después de esta fase bolchevique —1919 a 1935— que la URSS, en cuanto Estado revolucionario, puede establecer relaciones diplomáticas y comerciales con los países latinoamericanos. Igualmente, esta nueva política se manifiesta en una reinserción de los partidos comunistas locales, que en el caso chileno logra remontar su aislamiento y obtener el 16.5% de los votos en la elección municipal de 1947.

Con todo, la nueva política soviética hacia América Latina se enfrentó a serios problemas en la medida en que la guerra fría impidió que se desarrollaran vínculos con un continente hegemonzado por los Estados Unidos. Sólo en un breve periodo —durante la segunda guerra mundial— estas relaciones se entibian momentáneamente. En consecuencia, será en pleno periodo de distensión que las relaciones entre ambas regiones se estabilizan y proyectan a niveles superiores de entendimiento.

Esta realidad política internacional ha sido plenamente aprehendida por Isabel Turrent, permitiéndole explicar tanto la cautela inicial de la URSS frente al gobierno de Allende, como el tipo de apoyo otorgado. Éste en ningún momento traspasará los límites de lo tolerable para los Estados Unidos, el principal actor de la política soviética hacia nuestra región.

Aun cuando el estudio que se nos entrega de las relaciones chileno-soviéticas en este periodo es muy completo, quisiéramos destacar algunos puntos de particular relevancia. Primeramente, la importancia del proceso político chileno para la URSS quizás nunca fue plenamente comprendido por el gobierno de la UP, lo cual lo llevó a magnificar una relación que se volvió ideológica y políticamente en su contra. Así, las declaraciones del presidente Allende considerando a la URSS como el “hermano mayor” de Chile, no correspondía a la realidad internacional. Ello no sólo trajo problemas políticos internos que aislaron ideológicamente y de manera gratuita al gobierno en momentos que éste necesitaba un nivel de unidad nacional muy superior, sino que tampoco lograron empujar el apoyo soviético a su gobierno. Tal caracterización definitivamente no correspondía al lugar de Chile en la política exterior soviética.

La posición del proceso político chileno en el diseño de la política exterior soviética estaba fundamentalmente determinada por dos parámetros simétricos. Por una parte, la necesidad de establecer y de-

sarrollar relaciones interestatales con los países de la región en lo político, económico, y tecnológico sin traspasar los límites de los acuerdos de 1962 con los Estados Unidos, después de la crisis de los misiles. Por la otra, mantener vínculos políticos con el Partido Comunista chileno que se orientaran en la misma dirección. Esta doble política se explica por las necesidades de una distensión con los estadounidenses que permitiera a la URSS llevar a cabo una reforma económica que aún no puede efectuar plenamente. Esto, que podríamos llamar el "modelo Brezhnev" de relaciones con América Latina, se explica por el reconocimiento de la hegemonía estadounidense en la zona y la observancia del espíritu de Yalta de no entrometerse en ella. De esta forma, la Unidad Popular, con un programa de transición pacífica e institucional al socialismo, con un frente pluriclasista, y una coalición multipartidaria, coincidía de manera perfecta con las necesidades de la política soviética hacia la región. En consecuencia, en vez de una alianza política, encontramos una *coincidencia* fundamental entre dos procesos sin concertación previa.

Por estas razones, la política chilena frente a la URSS quizás es más compleja de lo que aparentemente aparece. Ésta, más que ceder "puntos de su política neutral en favor de la Unión Soviética" (p. 99), interpretó equivocadamente las señales de la URSS, creyendo que era posible desarrollar vínculos funcionales a su enfrentamiento con los Estados Unidos. No entendió que la URSS jamás operaría en esa dirección. En consecuencia, la falta de respuesta soviética, más que una fría y calculada jugada frente a la crisis política interna, fue la debida respuesta a una demanda desproporcionada por parte de la UP y el gobierno de Allende. Más que "pragmatismo" en la relación con Chile (pragmatismo que no se supera frente a una eventual importancia ideológico-política; ver página 101), encontramos una gran estabilidad en la política soviética hacia ese país, similar a la sostenida con el resto de la región.

Un balance de las relaciones bilaterales muestra una gran pobreza de las mismas: tres reuniones de las comisiones mixtas de cooperación cultural y de pesca; 17 acuerdos, la mayoría de ellos no implementados; dos préstamos, uno para maquinaria y otro en moneda dura; y un balance comercial paradójicamente *favorable* a la URSS.¹ Comparativamente, si aceptamos provisoriamente que la UP tenía una importancia doctrinal mayor para la URSS que el gobierno del general Velasco Alvarado en Perú (p. 102), estos vínculos no guardaron proporción con el eventual destacado papel político-ideológico de Chile para la política exterior soviética.

Más que Chile, lo que se estaba jugando *en* Chile era la propia poli-

¹ Ver Jorge Vera, "Relaciones soviético-chilenas, 1970-1973", en *América Latina-Unión Soviética*, vol. II, núm. 2, diciembre 1984-enero 1985, Santiago, 1985.

tica soviética en América Latina. En la medida en que ella coincidía plenamente con las necesidades de la URSS en la región, el ataque que ésta recibió por parte de los Estados Unidos cuestionó *la política*, no los vínculos con Chile. Por ello, a pesar de los relativamente pobres resultados de las relaciones bilaterales, la reacción de la URSS fue de pleno apoyo a la resistencia y el exilio chileno.

En segundo lugar, los vínculos propiamente económico-técnicos se restringieron a protocolos —y anexos pertinentes— para el desarrollo de la pesca, transferencia de maquinaria y construcción de paneles para casas prefabricadas. Sin embargo, ya en 1973 Chile exportaba 13.7 millones de dólares e importaba 15.2 millones. Esto es, se comenzaba a perfilar una relación de subsidio inaceptable para la URSS. Una de las razones de ello fue la falta de complementariedad de ambas economías. Fuera de la pesca —con los conflictivos resultados observados en 1985 en Perú—, la URSS sólo podía entregar tecnología hidroeléctrica, y no lo hizo quizás porque eran proyectos de muy largo plazo y, fundamentalmente, porque no se podrían pagar con productos generados por ella. Así, tenemos que la única ayuda económico-técnica propiamente tal fue el proyecto de casas prefabricadas.

De esta forma, podríamos decir que la URSS fue pragmática consigo misma. A pesar de que su política se jugaba *en Chile*, ello no significó entregar recursos *para Chile*. Esto era, a juicio de los soviéticos, responsabilidad de los propios nacionales. Por estas razones, la relación entre el PCUS y el PC chileno aparece sobredimensionada. No hay evidencia histórica fuerte que permita hablar de una permanente “obediencia” del PC a Moscú (p. 74). Por el contrario, en los últimos años hemos encontrado múltiples evidencias que refutan tales afirmaciones.² En consecuencia, las relaciones partido-Estado nunca alcanzaron el relieve e importancia suficientes como para determinar y afectar las relaciones intergubernamentales. Es a este último nivel donde se mantuvieron las principales decisiones respecto a Chile. Así, las relaciones partido-partido si bien pudieron ir en direcciones incluso opuestas a la de la diplomacia soviética, el Estado terminó, como siempre, siendo más fuerte que algunos de los miembros del partido.

Estas reflexiones nos llevan a una tercera área de comentarios. Tales son las fuentes utilizadas y su relevancia para la toma de decisiones en materia de política exterior. La referencia a “comentaristas soviéticos” (pp. 32 y 35) se mantiene permanentemente como una clasificación ambigua del emisor soviético. Este problema es particularmente agudo en los estudios soviéticos, puesto que no todos los que hablan, escriben u opinan tienen la misma importancia ni inciden de la

² Ver María Soledad Gómez, “El Partido Comunista de Chile: Factores Nacionales e Internacionales de su Política Interna (1922-1952)”, Documento de Trabajo, FLACSO, Santiago, 1984.

misma forma en la toma de decisiones sobre política exterior en la URSS. Así, el famoso artículo de Ponomarev (p. 122) llamando a acciones extraparlamentarias, en franca oposición con la política oficial del PC en el gobierno de la UP, no implicó un cambio de la política *gubernamental* soviética. Ello ha quedado de manifiesto con posterioridad durante los debates sobre Chile en la revista *América Latina* en la cual se expresan posiciones radicalmente diferentes sobre las causas y consecuencias de la derrota de la UP. En ellas, las de Ponomarev constituyen sólo una parte. Lo mismo se podría decir sobre Irina Zorina (p. 184), quien percibe la elección de marzo de 1973 dándole una proyección de irreversibilidad al proceso de la UP que el gobierno de la URSS no evidenció. En consecuencia, creemos que estos problemas de interpretación no surgen solamente del análisis del caso chileno sino que son comunes a todo tipo de análisis sobre la política exterior soviética. Metodológicamente, los estudiosos al respecto deberíamos estabilizar una misma ponderación sobre la calidad del emisor y la relevancia de cada uno de ellos para interpretar un proceso de formulación de política que debe superar la precariedad de las fuentes informativas soviéticas.

En cuarto lugar, el análisis soviético de las Fuerzas Armadas chilenas quizás no fue tan errado. A pesar de lo que afirma la misma Zorina (p. 193), la URSS no transfirió material de guerra a Chile como lo había hecho con Perú. Ello fue producto de las restricciones que pusieron para la entrega de un parque suficientemente holgado de repuestos. El alto mando soviético, de acuerdo con las propias memorias del general Carlos Prats (p. 389), estudia los urgentes requerimientos de equipo logístico, pero la ayuda no llega con prontitud. A pesar de la visita del general Guillermo Pickering en septiembre de 1972 y del viaje de Prats, la actitud de las fuerzas armadas soviéticas frente al proceso político chileno fue cálida pero distante, sin asumir el riesgo de ayudar a quienes finalmente no tenían su confianza. Esta actitud contrastaba con el rápido despacho de cazabombarderos a Perú en octubre de 1973. En consecuencia, pensamos que las opiniones de los analistas soviéticos generalmente son menos ajustadas a la realidad que las de aquellos directamente vinculados a la toma de decisiones.

Más acertado es el análisis soviético sobre los problemas derivados de la falta de unidad de las fuerzas de apoyo al gobierno de la UP (pp. 220-224). Aquí aparece con mayor crudeza un análisis de los errores cometidos por la UP, pero realizado después de los hechos. Sin embargo, también existen amplias diferencias. Tal como lo mencionáramos anteriormente, el debate sobre Chile en el Instituto de América Latina³ polarizó las opiniones de algunos analistas soviéticos. Así, se

³ "La historiografía soviética sobre la revolución chilena", en *América Latina*, núm. 7, 1980.

puede distinguir una postura más ortodoxa que insistió en la necesidad de una acción extraparlamentaria, con énfasis en la defensa armada del gobierno, y otra que reafirmó la necesidad de celebrar acuerdos con la Democracia Cristiana y las clases medias.

Por estas razones, el análisis de la política soviética hacia el Chile de la Unidad Popular combina dimensiones de política exterior, política interna, aspectos doctrinales y militares, los que si bien estuvieron y están presentes en las relaciones URSS-Chile, quizás no participaron todos de la misma forma en la toma de decisiones efectivas sobre el país entre 1970-1973.

Las conclusiones del valioso trabajo de Isabel Turrent mantienen una clara vigencia en la actualidad. Moscú no hará peligrar la distensión con los Estados Unidos por causa de Chile ni de ningún otro país (p. 241). Esto ha sido claramente perfilado por Fidel Castro, quien ha reconocido que la URSS no actuaría militarmente para defender a Nicaragua de una intervención estadounidense, puesto que no tiene la capacidad operativa convencional para actuar tan lejos de su territorio, y una respuesta nuclear sólo desencadenaría un conflicto mundial de proporciones incalculables. La única arma disponible para Nicaragua, y Cuba, en la eventualidad de una intervención estadounidense sería la resistencia del pueblo.⁴ Por ello, las conclusiones que se presentan como hipótesis a ser contrastadas posteriormente, han encontrado en estos dos últimos años su plena validación.

El trabajo de Isabel Turrent permite entender cabalmente la aproximación soviética hacia América Latina durante estas últimas décadas. Quizás más allá del caso chileno —que posiblemente requerirá de estudios adicionales de la perspectiva de los actores gubernamentales locales del periodo—, este libro es un punto de partida obligado en el estudio, recién iniciado, de la política soviética hacia la región.

AUGUSTO VARAS

MATOS MAR, José, *Desborde popular y crisis del Estado: el nuevo rostro del Perú en la década de 1980*, Ed. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1984.

A principios de la década de los setenta la sociedad peruana podía aparecer transparente a sus estudiosos. Y quizás no tanto por los estudios que sobre ella existían —siempre escasos para una sociedad tan compleja como la peruana— sino más bien por las previsiones que sobre ella se realizaban. Y, en efecto, así sucedió. Varios estudios de

⁴ NOTIMEX, 31 de marzo, 1985.